



# ELOGIO

AL

SEÑOR GENERAL  
DON RAFAEL-URDANETA

POR EL

**Sr. Coronel Don Alberto C. Romero**

Jefe del Estado Mayor General del Ejército.

EN LA

Sesión Solemne de la Sociedad Bolivariana  
del 24 de Julio de 1932.

---

QUITO - Ecuador  
Talleres Gráficos Nacionales  
1933



# ELOGIO

AL

SEÑOR GENERAL  
DON RAFAEL URDANETA

POR EL

**Sr. Coronel Don Alberto C. Romero**

Jefe del Estado Mayor General del Ejército.

EN LA

Sesión Solemne de la Sociedad Bolivariana  
del 24 de Julio de 1932.

---

QUITO - Ecuador  
Talleres Gráficos Nacionales  
1933



En una fecha como ésta, hace 149 años, la ciudad de Caracas, Capital de la Madre Ubérrima, que abrigó en su seno a las que fueron, más tarde, legiones de titanes que despertaron, con su heroísmo, la admiración del mundo, vió encarnarse el espíritu de la Libertad, en la frágil estructura de un infante, que vino a la vida en el hogar solariego de los Bolívar-Palacios y Sojos.

En un día como hoy, vió, pues, su primera luz, el que, según la bella y gráfica expresión del orador venezolano Dr. Echezurria, fué "el Padre de la Patria, el hijo de Colombia y el espíritu de la Libertad".

La conmemoración de hecho tan notable, es, señores, lo que nos ha congregado aquí, motivando, por lo tanto, vuestra distinguidísima presencia, y sólo asunto tan trascendental ha podido, en contraste a mi poca valía, permitirme llegar hasta vosotros, para tocar el ánfora de fé y de amor, que, viva y ardiente, tiene todo ecuatoriano, en su corazón, para Bolívar.

La Sociedad Bolivariana del Ecuador, que no hace sino encauzar la admiración y gratitud que debemos a los Libertadores, que mantiene encendida y muy alta la lámpara votiva a la memoria y obra de Bolívar, hame encargado la tarea para mí,

harto difícil y casi imposible, sino fuera porque la sombra del héroe, máximo alienta y vivifica mi espíritu, como vosotros, distinguidos conciudadanos, me alentéis al escucharme.

\*

\* \*

Ningún acontecimiento es más trascendental para la historia de América, después del descubrimiento y la conquista, como el de la guerra de la emancipación, que produjo figuras excelsas, y también hechos extraordinarios, que perdurarán, no hay duda, a través del tiempo y de las edades, no sólo en los pueblos de habla española, sino en los que, habiendo alcanzado un grado tal de cultura, viven en la presente y vivirán en las futuras civilizaciones del mundo.

La lucha magna hizo el espíritu de las nacionalidades nuevas y creó, junto al concierto de los pueblos viejos, esta pléyade de agrupaciones que aún muestran las inquietudes y palpitaciones propias de sus atávicos orígenes, que hicieron demorar el proceso de su completa formación como naciones y que, hoy mismo, alientan optimismos mejores aún para su constitución como pueblos soberanos.

Pero, quien fue el creador de este espíritu libertario, de este espíritu vivificador de la conciencia propia; donde y de qué fuente emanó esa savia que, débil al principio, se convirtió en ciclón desbordante más tarde, que, transformada en tormentosa lucha de elementos, se inició junto a las rompientes de las costas del Caribe, azotó después como rayo fulmíneo, de uno a otro rincón, el lomo

del Ande, que escaló bravía los ventisqueros, que aguarizó impetuosa las corrientes de los ríos, para ir, de aquí y allá, insuflando el principio generador, que se propagó, al fin, como la luz, de uno a otro confín de América?

Es verdad que la chispa que inflamó, como polen fecundante, la que más tarde fué conciencia colectiva, fué obra de aquellos a quienes los que con justicia, la historia los designa como Precursores, entre los que Mariño y Espejo, Zea y el incomprendido Miranda, son constelaciones que hacen brillar, en el firmamento de la Patria, los primeros fulgores de nuestra Emancipación Política: pero, si en Quito, primero, como en Chuquisaca, en Caracas después, como en Santa Fé, en el Virreynato de Buenos Aires, como en el de México, más tarde, rasgaron con la tea incendiaria de los libres, la noche colonial de tres siglos fué preciso, esperar al hombre-genio, que “fué la Revolución”, “que fué la Independencia”, “que fué el rayo vivificador de las libertades públicas”, que empuñó la espada creadora, para que brille y tome cuerpo la cumbre de la conciencia ciudadana entre el crepitar de los aceros y sus proclamas inauditas, entre sus visiones de estadista y sus postulados de patriota.

El fustigador sublime de la victoria, el que hizo de pueblos esclavos, pueblos libres, el que poseyó, en grado máximo, las más extraordinarias cualidades que hombre alguno, antes o después que él, haya mostrado; aquel a quien el Cantor de Junín, lo llamó el “hijo de Marte y de Colombia”, aquel a quien la posteridad, según bella expresión de Rodó, debe representarle con un pie en el Potosí y otro en el Chimborazo, bien sabéis quien es: Simón Bolívar.



Analizar, mostrar siquiera, a grandes rasgos, la obra y la personalidad de Bolívar, seguirle, paso a paso, en sus múltiples aspectos, definidos, completos y acabados: de Político, de Estadista, de Soldado, de Ciudadano o de Magistrado, de Legislador o de Proscrito, es labor compleja y ardua, en la que vienen empeñándose, especialmente de algún tiempo a esta parte, notables tratadistas, por lo que, esta semblanza mía, apenas esboza la figura del héroe único, del héroe inmortal.

Para describir al Libertador de América, dice el distinguido jurisconsulto del Guayas, doctor Arroyo del Río, “habría que comenzar por crear un lenguaje nuevo, en el que cada letra fuese un signo de gloria, cada palabra tuviese un sonido de tempestad y cada frase constituyese un himno resonante y duradero”.

Hombre alguno, como Bolívar, ha recibido los elogios que muestran toda su grandeza y pregonan su fama y para el cual, es inexpresiva toda hipérbole y es poco todo el rico venero del idioma. Y, es que pueblo alguno, raza alguna en el mundo civilizado, ha dejado de perfilar la personalidad del más grande y del más ilustre de los americanos.

La bibliografía Bolivariana no sólo es abundante, sino inacabable; nuevas facetas del noble carácter, hallan los críticos, en sus estudios, y la historia, el crisol del tiempo y de los hombres, lo halla cada vez más gigantesco.

Mas, si señalamos una siquiera de sus más destacadas cualidades, veremos cómo culmina en primera línea su inmenso amor a la Libertad; su inmenso amor a la Patria; por esto fué Libertador, “fué creador de pueblos, fué organizador de esta-

dos”, fué el modelador de la conciencia ciudadana y el que hizo, en definitiva, el fiat lux de la Independencia de América.

Esta obra de Bolívar, que fué su creación y su sueño máximo, con la que se adelantó a su tiempo, que hoy mismo es asombro de estadistas y es fuente pura de enseñanzas aún para las tendencias y orientaciones últimas; es la suprema culminación del genio, que marca el mayor pedestal de su grandeza.

Pero, ya que no puedo seguir uno a uno sus múltiples aspectos; ya que no puedo reseñar las cualidades de hombre tan extraordinario, y ya que tengo que cumplir, por otra parte, un especial encargo de la Sociedad Bolivariana del Ecuador, permítaseme que, sin apartarme de este luminar gigantesco, que ocupa el tiempo y la inmortalidad y para el cual ha comenzado a cumplirse la profecía de Choquehuanca, “aumentando su fama, como se extiende la sombra, cuando el sol declina”; permítaseme, digo, ocuparme en uno de los Tenientes de ese hombre múltiple, que, como el ínclito Sucre, contribuyó como el que más, a la obra de Bolívar, llevando a élla toda la pureza de sus virtudes y toda la grandeza de su corazón.

\*

\* \*

Voy, pues, a referirme al General don RAFAEL URDANETA, a quien la Sociedad Bolivariana del Ecuador, tributa hoy, en este día en que nació Bolívar, el homenaje de su admiración, colocando en su salón de honor, el cuadro al óleo de su prócera figura.

Cabe recordar, así sólo sea para situar en su verdadero puesto, a los personajes en que me ocupa, lo que en cierta ocasión platicando Bolívar con el León del Apure, el General Páez, y como poseído de lo que él significaba en la redención y libertad del Nuevo Mundo, dijera a éste, en forma enfática y concluyente: “Yo soy como el sol en medio de todos: mis Tenientes no tienen más brillo que el que yo les presto”.

Pero esto no obsta para que el Libertador y la historia, hayan recogido con caracteres indelebles los nombres de Antonio José de Sucre, de Rafael Urdaneta y de alguno otro más que, si brillaron por la luz cenital del “Genio de la Paz y de la Guerra” y por el medio en que actuaron, no se destacaron menos, por su propia luz y sus propias cualidades; pues, aún debemos anotar que entre los Tenientes del Libertador, que más comprensión tuvieron de su pensamiento y de su obra, y los que con mayor lealtad y entereza la sirvieron, estarán siempre en primera línea, los Generales Sucre y Urdaneta.

Bolívar mismo, que, con su espíritu clarividente para las cosas y para los hombres, supo poner a éstos y a aquéllos en su puesto, y que tanto distinguió sobre todo al Mariscal de Ayacucho, dijo, refiriéndose a Urdaneta, en ocasión en que éste reclamara su puesto en el Ejército destinado a operar en el Ecuador, “que Urdaneta sería en el Norte, lo que Sucre debía ser en el Sur”.

Puedo, pues, afirmar que el General don Rafael Urdaneta, fué uno de los personajes más conspicuos de nuestra Guerra Magna; porque contribuyó a crear, con su espada en la guerra, las Repúblicas hijas de la mentalidad de Bolívar, y sirvió, en la

paz, como legislador y magistrado, mereciendo el honor de ocupar el sitio que dejara el Libertador, cuando, acosado por la ingratitude, siguió el camino fatal del infortunio, desdeñando, olímpicamente, el poder que aún se le ofrecía.

Pocos, como Urdaneta, se destacan desde los primeros albores de la guerra con personalidad propia: inteligente y culto, probo y sagaz, atildado y correcto, cumplió siempre su deber con modalidades de elegancia y con la naturalidad de un patricio de los tiempos de Roma o de Grecia la clásica, y aún en los días más amargos y trágicos para la Patria, o en los que el triunfo y la gloria, cegaron muchas mentes y ofuscaron muchas voluntades, Urdaneta fué íntegro, y a pesar de un vivir lleno de episodios, donde la fortuna política y la fortuna guerrera le fué adversa y ruda en más de una ocasión, se mantuvo, sin embargo, enhiesto y firme, hasta que la posteridad lo ha señalado con el más bello calificativo: de leal, caballeroso y abnegado.

\*

\* \*

A todos los bravos legionarios de la Libertad, a la pléyade de guerreros ilustres, que por los cuatro puntos cardinales de América, mostraron las credenciales de su fama; a cual más, a cual menos, la historia, severa e inexorable, hállales manchas que opacan el brillo de sus armas. Páez, por ejemplo, no concibe más Patria que los Llanos y el Apure, y por eso malogra la campaña del año 1818, como, más tarde, por ambiciones de mando, hunde su lanza en el corazón de Colombia y separa Venezuela de la genial creación de Bolívar; Ma-

riño, el caudillo heroico, muestra, desgraciadamente, más ambición que juicio; Santander, el hombre de la ley, que brilló por su no común talento, pasa a la posteridad fomentando la disolución y la muerte de Colombia. Y, así otros guerreros y estadistas de la guerra cruenta, de la guerra magna, cuantas sombras han dejado en sus prestigios y en sus nombres. Y Urdaneta, que no muestra un solo instante de vacilación, una sombra de infidelidad, que es todo abnegación, fué efectivamente en el Norte de la Gran Colombia, lo que Sucre fué en el Sur, en el Ecuador.

El convencimiento de la necesidad de mantener la obra de Bolívar, llega en Urdaneta más allá de la tumba. Se hunde el semidiós de América y él quiere aprisionar con sus manos crispadas en el caos infinito de la descomposición de Colombia, los últimos fulgores de la Gran República y el ideal Bolívariano, que aún hace temblar a los abyectos y a los mezquinos.

Muere Bolívar y Urdaneta sigue siendo bolívariano; acepta la persecución y el destierro, y él no ha perdido la fé en la obra inmortal del Genio, aún cuando parezca entonces un mérito, denigrar al grande hombre, y un título deshorrar su memoria.

Fue el último de los Tenientes de Bolívar, el último de los Generales de Colombia, en sostener enhiesta en el espacio infinito la gloriosa bandera de Araure, de Boyacá, de Carabobo y de Pichincha, para que las facciones y los partidos no la desbaraten, las ambiciones bastardas no la destruyan y se conserve la unidad de esa Patria gigantesca, encerrada dentro del marco de dos océanos, plateados por los soberbios penachos de sus volcanes y ocu-

pando, en el Continente, las regiones más privilegiadas, más bellas y más ricas del mundo descubierto por Colón.

Y no se juzgue que por pertenecernos, tal vez, más directamente las glorias de Bolívar, exageremos y glorifiquemos demasiado a sus hombres y a sus hechos, aún sobre otros ilustres Capitanes, que hicieron la guerra en otras latitudes; no, la historia y el mundo que acaba de glorificar como a ninguno el nombre del vencedor en cien batallas, del creador insigne de naciones, del formador de códigos admirables, saben que la justicia y el mérito se han impuesto, al fin, en el crisol del tiempo que purifica, en el filtro de la historia, el oro puro de las máximas virtudes.

Es que debemos recordar que iniciada la guerra magna, en las costas de Ocumare y Coro, de 1806, después de catorce años de bregar sin término, todavía ardía la tea del incendio, todavía estaban abiertas las puertas del templo de Marte y no había lugar y sitio en la Gran República, y, aún fuera de ella, donde la sangre no se derramara a torrentes y donde las lágrimas, la devastación y la ruina en muchos casos, no sentasen sus reales, para conseguir la suprema aspiración humana: implantar la Libertad y hacer, como alguien dijo: "efectiva la ciudadanía".

Las luchas cruentas por la Libertad debían, pues, dar capitanes insignes; como Sucre, como Urdaneta, como Páez, como Bermúdez, como Montilla, como Flores, como otros más, a quienes la historia ha ido haciendo justicia y dándoles, poco a poco, su propio sitio.

De esa pléyade es, pues, Rafael Urdaneta, de los que, en Coro y Ocumare, empuñaron los primeros

las armas libertarias; armas bien templadas, que se cruzaron en mil combates, con las no menos heroicas, con las no menos bizarras armas españolas, que no sucumbieron sino con el coraje de su estirpe en las fortalezas del Callao, después de dieciseis años de rudo combatir y ante el empuje devastador de las brillantes huestes de Bolívar y después de haber asombrado al mundo con sus homéricas hazañas.

\*

\* \*

Siguiendo a Rafael Urdaneta, al hijo de Maracaibo, al capitán probo, al que sobresaliera por su bravura, se distinguiera por su caballerosidad intachable, por su moderación y desinterés sin límites—pues nunca la ambición ni el odio enturbiaron la delicadeza de su espíritu—lo vemos luchando, palmo a palmo, con la firmeza de un espartano, en todas las campañas de Venezuela, como en las de Nueva Granada, en aquella contienda de proporciones de epopeya, donde se alzaron y se eclipsaron caudillos, como Boves, Yánez o Morales, que mostraron en su fiereza apocalíptica, sed de destrucción y de exterminio. En este teatro, en esta contienda de magnitud sin igual, es en donde Urdaneta constituye la columna más firme de la Libertad.

Asistió, dicen, sus Hojas de Servicio, a “20 batallas campales, de las cuales, 7 fueron adversas a la Patria, se vió sitiado dos veces; sitió él, siete a sus enemigos; dió dos asaltos a fortalezas, tomando a una, siendo rechazado en otra. Esto, sin mencionar un sinnúmero de combates, de encuentros, de tiroteos que fueron durante varios años, casi diarios y en los que era imposible efectuar una marcha, un

avance, un aprovisionamiento, sin combatir". Y, sólo para sintetizar en pocas palabras la actividad que correspondió a Urdaneta, repetiremos que: "en 43 días que el General ejerció el Comando en Jefe del Ejército del Occidente, después de la Batalla de Araure, se dieron por las tropas de su mando 27 acciones de armas, entre generales y parciales", lo que ni en todos los teatros juntos de la guerra de la Independencia—en igual período—pudo haberse contado. . . .

Y ya que nos hemos referido a la Batalla de Araure, para hacerlo luego, con la campaña subsiguiente, podemos decir que Urdaneta fué con Bolívar, el héroe de la jornada; pues que, cuando por uno de esos golpes terribles de la fortuna, la mejor infantería del Libertador, compuesta del Batallón "Cazadores", fuerte de 500 plazas, que, formando la vanguardia del Ejército, fué lanceada íntegramente momentos antes de la batalla, sin que uno solo de esos bravos volviera cara al enemigo, creó la situación más delicada y desesperante para el Ejército Libertador, que se colocó en la disyuntiva, de seguir la suerte de sus camaradas del "Cazadores", o de arrancar la victoria al enemigo, con el más grande y denodado de los esfuerzos; como efectivamente así sucedió, el memorable 5 de diciembre de 1813.

Aquí, en Araure, donde se jugó una vez más, la suerte de los estados libres, que comenzaban a formarse, tocó a Urdaneta mandar la primera línea patriota, que, bajo el mortífero y concentrado fuego del ejército realista se rompió y rehacía en cohesión admirable, avanzando como aluvión desbordante, hasta arrancar al famoso "Numancia", las banderas que cubrieron de gloria al Batallón "Sin Nom-



bre”, que desde entonces lo tuvo, con el de “Vencedores de Araure”; que simbolizó, en lo sucesivo, el heroísmo sin límites de los soldados de la gloriosa epopeya.

En esta acción de armas, a Urdaneta no sólo que le tocó, como vemos, dirigir personalmente la masa principal de ataque, sino que en su ímpetu incontenible, dirigió también en el fragor de la batalla a la División que constituía la segunda línea, la que por una inesperada carga a su flanco—de los escuadrones realistas— perdió por momentos su cohesión y se desordenó casi totalmente, hasta que restablecida por Urdaneta y por la oportuna acometida de Bolívar, con sus famosos Dragones, precipitaron la derrota enemiga, en la que Urdaneta, como haciendo derroche de su valor, la presionó y persiguió en tal forma, que el enemigo totalmente deshecho, dejó más de mil muertos en el campo de batalla.

A raíz de este triunfo de Araure y por cuanto Bolívar debía salir a Caracas, es designado Urdaneta Jefe del Ejército de Occidente; cuyo territorio militar comprendido de los Llanos a Cúcuta, pronto se convierte en un extenso y terrible teatro de operaciones, en el cual, como anotamos, se desarrollaron las más culminantes hazañas; pues, a pesar del completo éxito de Araure, esta acción provoca la reacción realista más formidable y tenaz en casi todo el territorio de Venezuela, hasta ser exacta, aquella famosa frase: “de que los patriotas, en los años 1813 y 1814, no contaban con más territorio, que en el que tenían puestos los pies”.

De este territorio se encarga a Urdaneta; y, en él, se confía el mando y la consiguiente administración militar y política, en el que da las pruebas

más concluyentes de capacidad, de organizador y de conductor de una de las más delicadas y difíciles campañas, que más de una vez tórnase desesperada y desigual y en la cual se realizan los hechos más culminantes de la guerra de la Independencia.

Urdaneta tiene que multiplicarse, y se ve obligado a trasladarse de uno a otro lugar, restableciendo sus centros de abastecimiento y hospitales, ya batiendo guerrillas y destacamentos enemigos, en una de cuyas acciones—en las cercanías de Opino—cae pagando tributo a la muerte, al ímpetu invencible de los escuadrones patriotas, el famoso caudillo realista, Yáñez, que tan trágicos recuerdos dejara de la guerra a muerte.

A grandes rasgos he expuesto el gobierno militar que tocó atender a Urdaneta, al ser designado Jefe del Ejército de Occidente, y sólo para apreciar más su valía, diremos que si la situación era crítica en Occidente, donde varios de sus centros importantes eran perdidos, recuperados y vueltos a perder, peor era la situación en el centro, de la que entonces era la naciente República de Venezuela; pues con el combate desgraciado de la Puerta, Bolívar exige el envío de tropas, con las cuales debía oponerse a la presión de Boves, que lo tenía reducido a San Mateo; y de las pocas que tenía Urdaneta, tuvo que enviarlas aún contra la opinión de sus inmediatos, empeorando, por lo tanto, su propia situación.

Al proceder así, no sólo lo hacía dentro del cumplimiento que debía a las disposiciones del Comando Supremo, tanto más recomendable en una época de anarquía de mando, en que Mariño mismo no aceptaba o rehuía la autoridad de Bolívar, provocando por tales desacuerdos los mayores desastres

para la Patria; y, luego, porque Urdaneta no desconocía el principio de la concentración de la masa, contra el objetivo principal, que, para este caso, representaba el ejército de Boves que provocó el grandioso episodio de San Mateo hasta que, con este refuerzo y unido al ejército de Mariño, Bolívar obliga a retirarse a Occidente, al realista Boves que, a su vez, cae sobre Urdaneta, y del que también se defiende éste con bravura admirable en Valencia, hasta la llegada de Bolívar.

En esta campaña de Occidente, algunos críticos han creído encontrar asidero para juzgarla, si no mal conducida, por lo menos deslucida para nuestro héroe; pero quien combate contra todos los elementos y en todas partes, quien agota iniciativas, previsión y valor extraordinarios; quien se multiplica y desde las puertas de **Barinas a Valencia**, conduce sus tropas, luchando aquí y allá con fortuna varia, con un promedio de uno contra ciento; quien, imbuído de un espíritu de responsabilidad, que pocos como él lo han sentido, sin abandonar el territorio que se le ha confiado, se abre paso entre columnas enemigas con audacia y valor temerarios; quien con fuerza inferiores lucha sin tregua, defendiendo palmo a palmo el territorio de la Patria, entendemos, que no sólo se merece el respeto de la posteridad, sino el que la Patria lo considere, como lo ha hecho, como a su hijo digno y abnegado.

Para cerrar este capítulo de Urdaneta, recordemos que en esta campaña, después de muchas acciones desfavorables unas, victoriosas otras, a través del inmenso territorio de su gobierno, logra, burlando cercos enemigos, penetrar a San Carlos, defender la plaza asediada, hasta no poder más, por el hambre y falta de elementos y romper nueva-

mente este cerco para seguir, como siguió al último reducto, a Valencia, donde por razón de hallarse los almacenes y parques de la República, se propone sostenerse hasta morir, no sin ver, si el caso llega, convertirse su inmensa luminaria, como en San Mateo, sus depósitos de elementos bélicos, antes que éstos y los valientes defensores caigan en poder de la ferocidad realista. Y, así, el sitio y defensa de Valencia, que fué como el tabernáculo donde se encerró el Arca Santa de la Libertad, fué defendida por Urdaneta, como Sagunto, o Numancia, por los viejos tercios españoles, o como Cartagena de Indias después, donde la braveza de la raza, se sobrepasó asimismo, en heroísmo y en valor sin límites.

\*  
\* \*

La difícil situación de los patriotas de Venezuela, el año 1814, facilitó, al fin, la fusión de los ejércitos de Oriente y Centro, aumentados con los heroicos restos que de Occidente salvó Urdaneta. Con estos elementos forma Bolívar un nuevo ejército, que pone bajo el mando de Mariño, a quien quería dar oportunidad para que en la primera gran batalla que se librara, después de esta reunión, afianzara los prestigios este destacado Jefe Granadino, que, al fin, comprendió la necesidad del mando único.

A este ejército fué destinado Urdaneta, con el cargo de Mayor General. Y vamos a referirnos a esta corta y desgraciada campaña, conducida por Mariño, para ver cómo se destaca y cómo se salva, mejor dicho, este ejército, merced a la pericia y al valor que al Mayor General Urdaneta le tocó desarrollar.

Mariño, valeroso como el que más, vehemente y gallardo capitán a quien la fortuna había sonreído más de una vez, por lo que aún quiso formar cuartel aparte de la influencia y dirección de Bolívar, se propuso realizar una campaña fulminante, contando ya con un ejército brillante, aguerrido y hasta cierto punto numeroso, que Bolívar puso en sus manos, pero que no había completado sus abastecimientos, que aún no podía disponer de todo su tren de combate y al que le faltaban, especialmente, los medios de transporte para perseguir y presionar a las columnas de Boyes y Cajigal, que se retiraban por los mismos caminos que poco antes, habían recorrido triunfalmente hasta Valencia.

Naturalmente, Urdaneta observó todos estos detalles a Mariño, más, éste, impetuoso, ordenó la marcha de acercamiento, y cuando Urdaneta insistió, Mariño, sin más respuesta, dispuso avanzar la vanguardia de caballería a cuya cabeza se puso, como sabía hacerlo el valeroso caudillo, y el ejército toma camino de San Carlos, en cuyas inmediaciones se suponía situado al Brigadier Cevallos y en donde se pensó batirlo; pero en la Sabana de Arao, (16 de abril), se encontró al ejército realista en perfecto orden de combate y no como Mariño lo había supuesto, en plena retirada; sucediendo lo que Urdaneta había previsto, para el ejército que abrió la campaña precipitadamente, sin llevar consigo sus columnas de municiones y abastecimientos y que, con deficiente exploración, tomó contacto con un enemigo, fuerte, de elevado espíritu ofensivo, que no sólo rechazó al ejército patriota, sino que lo habría destruído totalmente, si el legendario valor de Urdaneta, no rehace, en pleno campo de batalla, las fuerzas destruídas, sobre la base de su infantería

admirable, poniendo respeto a las fuerzas realistas triunfantes y permitiendo una retirada ordenada, que aún hizo posible el rechazo y la dispersión de la caballería enemiga, que regresaba de perseguir a la patriota, que había, dolorosamente, iniciado el desastre de Arao.

El Historiador Restrepo, al referirse a este suceso, dice: "el resultado de esta batalla fué lo más singular que puede narrarse; Urdaneta contrajo brillante mérito, porque a él, se debió la salvación del ejército abandonado por los jinetes y sus Jefes."

Cada vez era más desesperada la situación de los patriotas: Venezuela y Caracas, especialmente, habían dado mucho llegando al estado de NO PODER DAR MAS; su caballería estaba totalmente desmontada y no ofrecían las comarcas medio alguno, siquiera para alimentar al ejército, y sin embargo, dada la magnitud de la guerra, en la cual sólo tocaba vencer o morir; Urdaneta decide continuar la campaña, mientras cuente con un puñado de valientes que secunden como él los propósitos del Libertador. Así, en parte siquiera del territorio, se hacía flamear la bandera de la Libertad, contribuyendo a mantener la sombra vacilante de la República.

Así las cosas, Bolívar triunfa sin embargo sobre Cajigal y Cevallos, en Carabobo; batalla en la que Mariño y Rivas se cubren de gloria y en la que, Urdaneta, como en Araure, manda la primera línea, contra la que se estrellan los tercios realistas, y como en Araure también, tócale perseguir la derrota enemiga a la cabeza de los jinetes que acaban por destrozarse el poco antes aguerrido ejército realista.

Al mismo Urdaneta encarga Bolívar recuperar el territorio de Occidente; vuelve pues a él, con parte del ejército pero a través de un país que se había levantado íntegramente a favor de la causa realista, que por doquiera presentaba vigorosa resistencia, aumentando el peligro de las fuerzas patriotas cada vez menos numerosas y más diezmadas por los combates que tenían que sostener. En este estado, Urdaneta se informa que el Libertador había tenido que retirarse a Caracas, después de haber sido batido por Boves en la Puerta; que fuertes columnas de tropas enemigas se dirigían a la Capital y a Valencia; que la primera cae en poder de Boves el 8 de Julio, y que la segunda sostiene nuevo asedio, cediendo, al fin, a la violencia del número, al estado de privación y de hambre, que abre las puertas de esta heroica ciudad, a un vencedor que se sacia en la sangre de sus habitantes, combatientes o no, sin respetar sus tratados, menos la edad, ni el sexo de sus víctimas.

Por estas razones y dado el estado general del país, Urdaneta juzga preferible salvar las pocas fuerzas de que aún dispone y resuelve retirarse a Barquisimeto y Tocuyo, no sin ser molestados y perseguidos por los realistas, con ferocidad inaudita.

Así termina esta campaña. Bolívar obligado a evacuar Caracas y a levantar el asedio de Puerto Cabello retirase al Oriente para hacerse fuerte en Aragua; en donde, el 18 de agosto quedan 4.700 americanos en el campo de combate; y después de haber defendido heroicamente, aunque sin fortuna, el suelo de la Patria, se pierde Venezuela y se pierde, por entonces, la causa de la Libertad.

En esta situación, Urdaneta resuelve pasar a

Nueva Granada, como lo hizo también el Libertador, buscando la sombra de un gobierno amigo, hasta poder regresar a la Patria, en la que nuevamente harán flamear la bandera de los libres, que acariciada por los vientos de la Gloria, semejan lenguas de fuego, purificadas al santo ideal de la Libertad.

\*  
\* \*

Por lo que debo a este distinguidísimo auditorio, que me ha prestado su atención al escucharme, y por la índole misma de este elogio breve, no me es dable seguir a Urdaneta en todas sus brillantísimas campañas, en las cuales, su actuación se destaca con perfiles definidos y personalidad propia, entre esa pléyade de valientes, que hicieron honor a los soldados de la Gran República y fueron el orgullo del Ejército que luchó por la Independencia.

Me refiero pues a él, sólo a grandes rasgos, busquemos únicamente sus aspectos generales.

Perdida Venezuela para la causa de la Libertad con motivo de los desastres de 1814, Urdaneta pónese al servicio de la Nueva Granada, cuyo Gobierno lo asciende a General de División, en enero de 1815, confiándole la consolidación de la Unión Granadina y la extinción de las fracciones que habían arruinado al país; unión y consolidación, a la que contribuyó Bolívar con su poderosa voluntad.

En Nueva Granada hace todas las campañas de los años 1815-16, hasta cuando el pacificador Morillo la invade y triunfa sobre las últimas fuerzas de la República, que apenas representada por grupos de guerrilleros, que se batían en Casanare y en alguno que otro lugar del suelo granadino, sin que, por esto, deje de flamear la bandera de los libres,



en lo que los patriotas llamaban “la República ambulante,” hasta que, aumentadas las guerrillas de los Llanos, bajo el mando de Páez, el indómito, triunfan en Yagual, como después lo hicieron en Mucuritas batalla en la que a Urdaneta, corresponde el mando de la vanguardia.

Esta acción permite al Ejército patriota ampliar su estrecho campo de operaciones, y así solo fuera por mostrarse, preséntase en Barinas, en Acha-guas, aunque vuelve al Apure donde, podemos decir, comienza a organizarse la victoria; pues los patriotas guerreaban ya en Ocumare, como en los Llanos, en Barcelona, como en los desiertos de Guayana; y Páez, Piar, Mariño, Arismendi, Montilla y Urdaneta, mantenían fuerzas organizadas, aunque, como las del Apure, justo aún cuando doloroso es decirlo, carecían de cohesión, unas por falta de disciplina y otras por las emulaciones de mando, especialmente de Mariño que volvió a desconocer al Libertador y comenzando por perder Barcelona y los elementos que Bolívar adquiriera en el extranjero y que se almacenaban en la famosa “Casa Fuerte” de dicha ciudad.

En este caos, en esta como Torre de Babel, que retardó la Independencia y aumentó terriblemente los sacrificios de la Patria y de sus hijos, Urdaneta fiel a la integridad de su conciencia y a la pureza de sus ideales que le muestran siempre como un republicano íntegro y como un patriota sin mancha, hace oposición, junto con el General Sucre-con quien se encuentra en Cumaná-a los propósitos de Mariño, cuando proclamado Jefe Supremo, desconoce la autoridad de Bolívar y pide al Almirante Brión, que con su escuadra secunde sus propósitos.

El resultado de esta anarquía, fué la pérdida de

las **provincias** de Barcelona y Cumaná, y aunque Mariño vuelve, después de estos desastres, a buscar la reconciliación con Bolívar, reconciliación que fué posible sólo por Urdaneta y Sucre, que empezaba a brillar ya, no sólo con los talentos militares sino por los de diplomático, que tanto más tarde, resaltaron su figura.

No bien dominada la situación que produjo Mariño, y talvez por su mismo ejemplo, la anarquía ganaba adeptos entre los mejores tenientes del Libertador; entonces se descubre la conspiración de Piar, y Bolívar lo retira del mando, saca varios cuerpos de su División, entrega el mando a Urdaneta, y ordena que esta nueva agrupación de tropas salga para Angostura. Piar, intensifica sus maquinaciones y fuga a Maturín, donde es capturado y sometido a un Consejo de Guerra que lo condena a ser fusilado, luego de probarlo ampliamente su delito.

Apenas disipados estos obstáculos, Bolívar se propone concentrar todos los núcleos patriotas esparcidos en Venezuela, para con ellos operar sobre Caracas. Así, ordena a Páez, Jefe del Apure, quien reconocía ya su autoridad y de quien, hace poco, había recibido sus despachos de General de Brigada, preparar sus Llaneros, que, unidos a las fuerzas de Anzoátegui, Bermúdez, Mariño y Zaraza, y bajo su comando directo, debían iniciar en breve la reconquista de Venezuela.

El plan que trazó Bolívar a fines del año 1817, no podía ser mejor, pero debía ser hábil y brillantemente ejecutado; para esto necesita al hombre que lo secunde en el pensamiento y en la acción, que debía conducir la fuerza principal que serviría de eje a su maniobra y que, por su importancia,

debía estar perfectamente mandada. Estas tropas eran las de Apure, al mando de Páez, al que, si valiente hasta la temeridad, faltábale la visión del estratega en las operaciones de conjunto; y Bolívar elige y envía a Urdaneta a los Llanos, que, junto con Páez, preparan la soberbia campaña que se proponía y que fracasó, por consecuencia de la derrota que sufriera el General republicano Zaraza, el 2 de Diciembre, en el Hato de la Hogaza; lo que hace que Bolívar regrese a Angostura, a organizar nuevas divisiones con la rapidez que él sabía hacerlo, hasta destruir en Calabozo, las mejores fuerzas de Morillo, como, más tarde, lo hizo en la batalla de Semen, en la que Morillo sale gravemente herido de un lanzaso que le obliga a retirarse con los suyos.

\*

\* \*

Nuevamente la causa de los patriotas es deses- perada, pues varios reveses habíanles no sólo ago- tado, sino casi destruído, sin embargo—el genio de Bolívar que lo creaba todo, rehace sus fuerzas y concibe el vasto plan, juzgado por muchos como una insensatez: de convocar un congreso, de esta- blecer un gobierno constitucional y de trasmontar los Andes, para libertad a Nueva Granada y fun- dar a Colombia, dando el golpe de gracia a la domi- nación española, con la intrépidez con que sólo su genio portentoso sabía hacerlo.

Y efectivamente, para cualesquiera que no sea Bolívar, esto era absurdo; plantear primero la cuestión política, antes que emprender la campaña libertadora y obtener resultados positivos; esto,

fuerza es decirlo, fué la consecuencia lógica de una concepción premeditada, pues Bolívar que veía lejos y alto, comprendió que había llegado el momento de despertar la conciencia pública y de traer para la causa de América, el apoyo moral que empezaba a manifestarse en Estados Unidos e Inglaterra, y así, el cuartel general de Angostura, pronto fué el centro de las actividades del nuevo Estado, que congregó a los mejores estadistas y a los hombres más eminentes de la época.

En los primeros meses de 1819, mientras se reúne el Congreso, Bolívar prepara su famoso mensaje de Angostura y, a la vez, reorganiza el ejército, en el que vemos a Rafael Urdaneta, como Jefe del Estado Mayor General, y en cuya calidad comienza a publicar el Boletín del Ejército Libertador, que daba cuenta de los movimientos, operaciones y más asuntos del ejército que debía conocer éste y el país.

A Urdaneta le toca concurrir como Diputado al Congreso, pero, con permiso de aquel, deja su seno, para ponerse al frente de las tropas expedicionarias inglesas y alemanas, que comenzaban a arribar a Venezuela.

Bolívar buscó al espíritu más selecto y capaz para que mandara y organizara estas tropas y para que, desde la isla Margarita conduzca a tierra firme la expedición, que exigía, no sólo la cooperación **de todos los barcos disponibles** para protegerla de las fuerzas y naves españolas; sino de la competencia y previsión que requiere una operación marítima de tal naturaleza.

Correspondió pues, a Urdaneta lo más difícil de esta tarea, sobre todo la organización y disciplina de las tropas que, tanto en Margarita como en Ve-

nezuela, llegaron aún a reclamar por las armas el cumplimiento de sus contratos que eran, como podemos imaginarnos, dadas las circunstancias en que fueron hechos, no del todo aceptables; y, para quienes, a pesar de todo, debe la libertad de América su importantísimo concurso.

Bolívar en marcha al Apure y al dirigirse al Vicepresidente Zea, decía: “El General de División Rafael Urdaneta que ha tomado el mando de la expedición inglesa y está autorizado a obrar con amplias facultades; y al iniciar las operaciones con las tropas expedicionarias, decía a Urdaneta: “V. E. queda revestido de toda autoridad militar que sea necesaria para dirigir la campaña en todo el Oriente de Venezuela, inclusive Margarita y la parte oriental de Caracas, como igualmente la marina de ambas aguas”.

Estas líneas dirán de la importancia que Bolívar daba a las operaciones que a Urdaneta encargó; pues, luego agregaba: “Quedando encargado del Mando de la República, en esta parte de su territorio, espero que no se sentirá la falta de mi presencia”.

La expedición desembarcó en Barcelona, después de vencer innumerables dificultades, retirándose la guarnición española que la defendía, al interior; luego, Urdaneta tuvo que recalar a otras ciudades y poblaciones costaneras, en las que halló la expedición, tenaz resistencia; pues que Bermúdez y Sucre que debían apoyarlo desde el interior, no llegaron a tiempo, porque fuerzas realistas impidieron esta unión.

Cuando los continuos combates con el enemigo, diezmaron estas fuerzas, Urdaneta las condujo hasta Maturín, en donde los reorganizó, aumentán-

dolas con criollos venezolanos y entregándolas al Coronel Montilla, que las llevó al Apure.

De este Comando pasa Urdaneta a ser Jefe de la Guardia Colombiana, con la cual abre operaciones en la provincia de Maracaibo, para hacerlo luego, como General en Jefe de los Ejércitos del Norte, en Nueva Granada.

Para entonces ya se había producido la brillante jornada de Boyacá, que dió nacimiento a Colombia y afianzó el prestigio del Libertador, mostrándole como el hombre superior y genial creador de nacionalidades y Libertador de Pueblos.

\*

\* \*

Cuando en 1820, por primera vez se vislumbró la posibilidad de tratar sobre la Independencia, por medios pacíficos, debido a que en España la Revolución de Riego, cambió el sistema absolutista por el constitucional y, cuando previas las instrucciones que Morillo recibiera de la Metrópoli, abrió negociaciones con Bolívar; éste designó a Urdaneta y a Briseño Méndez para que formularan el Armisticio que sentó, podemos decir, no sólo la primera tregua después de duro y largo batallar entre los ejércitos realistas y patriota, sino que despertó en el Continente, y, especialmente, en el territorio de Venezuela y Nueva Granada, la conciencia de sus propias fuerzas, pues las negociaciones fueron de efectos morales concluyentes a favor de la causa de la Independencia; pues, que los pueblos comprendieron el derecho que asistía a los americanos y nació en ellas la confianza en el éxito, que al fin, se tradujo en hechos decisivos.

Para misión tan delicada, Bolívar buscó a sus mejores tenientes. A Urdaneta tocó el honor de iniciarlas como a Sucre el de concluir las. Sucre y Urdaneta, son dos vidas paralelas; si dieron muestras de valor heroico en los campos de batalla, lo dieron también en los campos de la diplomacia, como lo dieron más tarde, en todos los delicados aspectos de la administración pública en que les tocó intervenir.

Urdaneta no asistió a la segunda batalla de Carabobo (24 de junio), que decidió la suerte de Colombia, pero la concentración de los ejércitos, que concurrieron a este glorioso hecho de armas, todos los combates previos a tan grandioso acontecimiento, los realizó Urdaneta en forma tal, que el Libertador a poco de este triunfo, en mensaje especial, pide al Congreso el ascenso de Urdaneta a General en Jefe de los Ejércitos de la República, honor que muy pocos soldados de la Independencia alcanzan y entre los que, indudablemente, pronto estará Sucre, con motivo de sus campañas en el Sur.

\*

\* \*

El genio máximo de Bolívar crea Colombia, pero aún falta libertar al Ecuador, allá dirige el rayo fulmíneo de su mirada y arma con su espada el brazo del futuro Mariscal: Sucre va a Pichincha, Bolívar va a Bomboná, y se consolida Colombia La Grande, que entra triunfal al concierto de los pueblos libres, llevando el estandarte de las hazañas inmortales, que le darán el procerato del valor.

Pero Bolívar con su mirada de águila y su visión profética, otea el firmamento, juzga y con ra-

zón que mientras haya en América enemigos de la Libertad, la Independencia de Colombia será un mito y resuelve combatirlos, no sólo hasta el último rincón de América, sino que su visión de Libertador se extiende a través de los océanos, por donde ha 300 años, vinieron las primeras carabelas de Colón.

Bolívar, dinámico en la acción y fecundo en el pensamiento, ordena que Urdaneta prepare la expedición que ocupará el Istmo y desde cuya base arrancara las águilas de la Libertad a posarse en la América Central, en Las Antillas, en Cuba y hasta en la misma Metrópoli, como Unamuno, el célebre educador de juventudes, acaba de reconocer en sus estudios sobre Bolívar.

Urdaneta y el Almirante Brión se ocupan en estos preliminares y cuando la escuadra y el ejército patriota debían zarpar a Panamá, ésta se pronuncia por la Independencia y las tropas siguen camino a la tierra de los Incas, donde Sucre y las huestes de Colombia, parece que sólo hicieron un paseo triunfal.

Aun no dejan de sonar las dianas inmortales de Junín y de Ayacucho, y ya el Libertador piensa extender sus campañas en el resto de América y ordena a Urdaneta, al intrépido y sereno General de Colombia, que seguía desde las costas de Venezuela los movimientos de los realistas de ultramar, que prepare el ejército que se embarcaba con rumbo a Cuba y Puerto Rico; expedición que no se realizó, por el rumbo que la política interna toma en Colombia, que acabaría al fin con la genial creación de Bolívar; hasta hacerle exclamar: "que habría talvez arado en el mar".



\*

\* \*

Urdaneta durante la existencia de la Gran Colombia, fué Senador y aún Presidente del Congreso; Ministro de Guerra, Intendente de Departamento y Comandante General de varios de sus distritos, en esta última situación se opuso a los designios de Páez, de segregar Venezuela y de la creación de Bolívar y se negó siempre a secundarlo, conteniendo los primeros síntomas de rebelión, hasta que, vuelto el Libertador a empuñar las riendas del Gobierno, después de sus victoriosas campañas del Perú, destina a Urdaneta para que mande el Ejército que sojuzgará a los rebeldes, y entonces es cuando escribe a éste:

“Usted es el eje sobre el que rueda esta máquina de Colombia y de usted depende el éxito de toda empresa para restablecer el orden”; que por feliz influencia e intermedio de Bolívar, al fin vuelve por esta vez a la obediencia, Páez y Venezuela, y renace la paz que a muchos, como Santander, no pudieron satisfacer.

Los últimos días de Colombia fueron tumultuosos y desesperados; sin embargo se reúne el “Congreso Admirable”, Urdaneta, Sucre, Carrera, Briceño Méndez, Silva Ortega, Carrillo, Generales de mérito en la Guerra de la Independencia lo integran, entre otros muchos hombres eminentes, próceres, unos, dignísimos ciudadanos, otros; conjunto de Varones Ilustres, que hizo decir a un destacado Embajador Extranjero: “que aquella parecía una Asamblea de Reyes”.

Cuando la disolución de Colombia fué un hecho fatal, y el Libertador, desengañado del Mando, al

que jamás tuvo apego, ya que sólo amó la Libertad, reúne a los suyos, a sus inmediatos colaboradores y planteando el problema de su separación, quiso oír sus opiniones; Urdaneta, leal y digno, expuso las suyas con su integridad característica, diciendo: “Que si Bolívar, por razón de la anarquía y porque detestaba ponerse a la cabeza de los que querían imponer la unión por la fuerza, como habría sido el sojuzgar a una u otra Sección de la Gran Colombia, debía el mismo, facilitar la constitución de los nuevos estados, de acuerdo con el Congreso que se hallaba reunido, a fin de evitar peores males a la Patria”. Al respecto, Soublette, agregaba: “Si esto se logra en paz y bajo los auspicios del Libertador, habremos conseguido un gran bien”.

Y cuando la opinión y el Congreso exigieron que se proceda contra Páez que, por segunda vez, se había levantado en armas en Venezuela, y se juzgó que Bolívar debía tomar el mando del ejército, éste señaló a Urdaneta, para que quede en Bogotá con el mando militar del Departamento del Centro, apoyando así, más de cerca la acción del Congreso y del Gobierno.

Mas como Bolívar insistiera en su separación, y sale con rumbo a Cartagena para dirigirse a Europa, Urdaneta deja también poco después el mando, hasta verse por las circunstancias, en ningún momento provocadas por él, envuelto en los acontecimientos políticos internos de la Nueva Granada.

\*

\* \*

Los últimos días de Colombia, fueron un caos: desatadas las pasiones de los partidos, las intrigas, los motines de cuartel, los asesinatos y las asechanzas que amenazaban acabarlo todo, hasta alcanzar el país su mayor grado de descomposición política, hizo que los mismos que habían provocado la revolución, temiendo por las consecuencias de los exaltados, vean en Urdaneta al hombre que salve la anarquía, y lo llaman y apoyan a que se encargue del Poder que a poco dejara Bolívar, como lo dejara también el Presidente Mosquera; aquí es donde Urdaneta al reasumir situación tan delicada, se expresa así: “aunque no podré impedir el naufragio de la nave, procuraré a lo menos salvar la tripulación evitando que en la confusión, se dispute una tabla a puñaladas”.

Esto es lo que se ha llamado la dictadura de Urdaneta, que no tuvo otro fin que evitar la anarquía, reprimir el desorden, contener las pasiones que se volvían incontenibles, como sucesión dolorosa y desgraciada del desquiciamiento de la genial creación de Bolívar, a quien se quiso aún como suprema inmolación de patriotismo exigirle su vuelta al gobierno. Bolívar, ya sabemos, no regresó más. Muerto éste, Urdaneta se apresuro a convocar el congreso que, dada la agitación del momento político, no llega a reunirse; por lo que Urdaneta insiste en entregar el Poder al Vicepresidente Caicedo, después de las conferencias de Apulo, y se retira a su hogar formado con la virtuosa matrona doña Dolores Vargas Paris, hija del prócer de la Independencia que fué fusilado en Bogotá entre los primeros patricios granadinos.

Urdaneta deja el mando, no por faltarle medios y, aún más, la opinión de sus conciudadanos para sostenerse en el Poder como el mismo y varios historiadores lo reconocen también; sino porque formado en escuela de los hombres íntegros, prefiere el pan del ostracismo a sostener la guerra civil en su Patria y se aleja pobre, aunque cargado de glorias, después de haber cumplido su deber con honradez acrisolada y con esa hombría de bien, muy propia suya.

Había servido a la causa de la Libertad, ganando renombre y prestigio, aunque había perdido su hacienda y su salud y sin embargo, se sentía orgulloso de haber sido soldado de la magna epopeya y haber servido a la Independencia y al Genio de la Libertad.

\*  
\* \*

Aún en lo que podemos llamar el ciclo venezolano, la tranquilidad no había llegado todavía para Urdaneta; los asesinos de Sucre, como los de Colombia lo persiguieron hasta en su propio hogar. "Por su peso moral" como le escribía más tarde el destacado republicano y prócer General Heres, que cayó también al puñal asesino en las calcinadas costas de la Guayana; y sólo cuando las enconadas pasiones políticas se fueron extinguiendo, pudo regresar a su suelo natal, respetado por los mismos que habían contribuido a la ruina de la Gran República, de la cual fué su mejor defensor. En Venezuela, su Patria nativa, sirvió como en Colombia el portafolio de guerra; concurrió a varias Legislaturas y su nombre fué el escudo de los gobiernos

legítimos y el azote de los perturbadores del orden, de los tráfugas y de los asesinos como Erazo, como Carujo y como Obando, y por esto fué enemigo de los caudillos locales, para quienes siempre fué una valla poderosa.

Entrado en años y cargado de gloria, todavía servía Urdaneta a su Patria en los cargos más delicados y cuando Venezuela en una reacción patriótica, que nunca será alabada lo suficiente, acuerda en 1842 la repatriación de los restos mortales de Simón Bolívar, a nadie se le consideró más digno de mandar el ejército que rendía los honores a sus despojos mortales, que al viejo soldado de la Libertad, que había sido el más leal de sus Tenientes. Este día, fue el último en que Urdaneta vistió su uniforme militar. . . . .

En 1845, Venezuela lo designa su Plenipotenciario en España, para el canje de los Tratados de Paz y Amistad que celebrara con la Madre Patria, al mismo tiempo que era exhibida su candidatura para la Presidencia de la República, como lo dicen los historiadores con la aquiescencia de todos los partidos y el beneplácido de todos los venezolanos que miraban en Urdaneta, no sólo al prócer que había conseguido mantener su personalidad, exenta de odios y de ambiciones, sino al patricio que tenía sano el corazón, despejada la mente y un alma que era la floración de todas las virtudes y de todos los heroísmos.

En Londres, en Madrid, se agrava Urdaneta de sus enfermedades adquiridas en la cruenta guerra de la Emancipación, y en París, el 23 de Agosto, muere Urdaneta, como había vivido: sirviendo a la Patria con toda la entereza de su alma y con la acrisolada honradez de su conciencia. Y cuando

alguien le insinuara testar en el momento supremo de dejar la vida, el patricio de las libertadas públicas, dice:

“Muero pobre, dejando una viuda con muchos hijos, a quienes sólo lego mi inmenso amor a la Patria”; luego, ordena reintegrar al Tesoro, los sueldos que se le había adelantado para su comisión en Europa y que no pudo devengarlos, porque la muerte le sorprendió, cabalmente, cuando daba el toque final a la obra libertaria que, con otros varones insignes, había iniciado en las costas de Coro, en 1806.

\*  
\* \*

Urdaneta, perteneció a ese tipo de hombres que fueron el nervio de la revolución y el brazo fuerte de la Independencia. Soldado valeroso, contribuyó con su espada a crear la Gran República, como sirvió en la paz como Legislador y Magistrado.

Reunía, dice un necrólogo, la firmeza con la amabilidad, una absoluta probidad en política y una moral privada, irreprochable, que había despertado el respeto y la admiración, aún en sus propios adversarios.

Posada y Gutiérrez, en sus Memorias, hace prevalecer la figura ilustre de Urdaneta, destacándole por encima de muchos de sus contemporáneos y dice de él: “que fué uno de los mejores soldados de la Independencia, tanto por su bravura, como por su capacidad, por su discreción, como por su espíritu de orden y de sacrificio”; y Blanco y Bomboná, consigna que “el General Rafael Urdaneta fué uno de los personajes más conspicuos y espectaculares de la Gran Colombia y uno de los preclaros soldados de la Libertad.”

\*

\* \*

La historia severa e imparcial ha juzgado al Mariscal Sucre, como la segunda personalidad de Colombia y, al reconocerle sus atributos propios, que lo destacan como el mejor por sus virtudes, lo llama y con razón el Washington del Sur. Urdaneta, sin superarlo, refleja también esas mismas cualidades, poco comunes en la mayor parte de los guerreros de la Independencia, donde el valor heroico y sin límites, era tal vez la mayor y única de las condiciones o la más sobresaliente en ellos, que exigía la época y el medio.

La severidad de costumbres, la austeridad e integridad de alma, eran, podemos decir, las características de estos ciudadanos soldados, que han llegado, a pesar en las opiniones de sus conciudadanos, como lo están haciendo en la posteridad, como valores auténticos. Ambos reflejaron el sentimiento de la lealtad, no sólo para Bolívar y su creación genial, sino para sí mismos y, aún más, para la obra de la democracia americana, que se vió en ellos su mejor sustentamiento y a la que sirvieron, como sabían hacerlo, con el más noble y leal desinterés y el más puro patriotismo.

Cuando los caudillos localistas y las ambiciones sin nombre quisieron hacer de Colombia, lo que los Generales de Alejandro, con el antiguo Imperio, Sucre, secundado por Urdaneta, erguido sobre el alto pedestal de su moral republicana, señala, con valor los orígenes de la descomposición de las nacientes nacionalidades; y entonces propone Sucre en las conferencias con los disidentes de Venezuela, entre los que está Mariño, en representación de

Páez, que todos los Generales que hubieran o se hallen ejerciendo los Comandos Superiores, se separen de sus cargos, para que los pueblos soberanos y libres, se organicen y constituyan a la luz de su propia conciencia cívica....

Queremos más hombría de bien, en estos soldados de la Libertad y Democracia, como Sucre y Urdaneta, que son el ejemplo de virtudes ciudadanas? ¿Tenemos o nó razón de poner como modelos a estos patricios, que no sólo se cubren de gloria en los campos de batalla, sino que se exceden en civismo, que son pulcros, hasta en el pensamiento y que llevan en su alma las huellas profundas de una inmaculada ciudadanía?

Es por esto que hemos reunido los nombres de Sucre y Urdaneta, porque siendo dos vidas paralelas, son dos vidas ejemplares, que supieron elevar su espíritu sobre todas las pasiones y que fueron vivo ejemplo de todas las virtudes.

Es también por esto que al tratar de presentar a nuestros compatriotas los rasgos más salientes de la personalidad del General don Rafael Urdaneta que fué, como lo dijo el Libertador-en el Norte de la Gran Colombia, lo que Sucre en el Sur-entre nosotros, hayamos intentado más que señalar sus cualidades de guerrero, mostrar sus virtudes cívicas, que hicieron de este soldado de la Libertad, como del ínclito Mariscal de Ayacucho, no sólo las personalidades más salientes de la Gesta Magna, sino a los patricios de mayor peso moral, que a la posteridad nos legaran con nuestra Emancipación Política, los heroicos legionarios de la Libertad.